

LIBROS

«El hombre secreto»

El secreto es una consecuencia de la pugna entre el individuo y la colectividad. La sociedad tiende a integrar a todos hacia el ideal utópico de la identidad absoluta —la ingeniería biológica estudia ahora la técnica del «clowning»: la creación de castas de seres absolutamente iguales, física y moralmente—, el individuo trata de conservar su parcela diferencial. Individuo = *Individuum*, indivisible, pero también inmultiplicable. Cuando la sociedad presiona para que el individuo se identifique con los demás, reasuma en los otros su comportamiento y su pensamiento mediante unas normas de conducta, que pueden ser implantadas por lo obligatorio —constituciones, códigos, leyes, órdenes...—, o por las costumbres, o lo «obligatorio voluntario» —las modas, las convenciones, la moral habitual, lo «debido», lo que «está bien», lo «elegante»...—, las más queridas fases de la personalidad —o ciertas formas adquiridas, institutivas o hereditarias— tienden a hacerse secretas: su fuerza es mayor que la llamada de la colectividad. La organización de la sociedad, por su parte, tiende también a conservar secreta parte de su actividad: hay «secretos de Estado», informaciones que atañen a la seguridad o a la moral establecida, que no se pueden divulgar. La organización de la sociedad tiende al secreto en todo aquello que perjudique su utopía de integración absoluta o, dicho en el lenguaje habitual, de «minar las bases de la sociedad».

El individuo, a veces,

percibe de una manera dolorosa la contradicción entre sus propias necesidades y las llamadas sociales a la integración. La sociedad le ha enseñado a ser guardián de sí mismo, por la vía de «un comportamiento decente», del «como debe ser»; el ejercicio de esta misión policial está en contradicción con sus deseos. Se producen las neurosis. Una de las salidas de las neurosis es la doble vida. Pero al mismo tiempo, el motor de la integración es tan fuerte, que hasta en su segunda vida —o su primera vida: la que no pertenece a la sociedad, o la que hurta a la sociedad— necesita la solidaridad de otros iguales a él: se relaciona con ellas. Este es uno de los orígenes de las sociedades secretas. Dentro de su sociedad secreta se encuentra libre: es la sociedad que corresponde a sus inclinaciones particulares. No siempre es así: la sociedad secreta tiene también su código, y a veces puede ser terrible, sobre todo si el enfrentamiento con la sociedad pública es grave: juramentos o amenazas para con el posible traidor obligan a éste a permanecer para siempre ligado a la sociedad de sus afines. Puede ocurrir, y de hecho ocurre, que el individuo llegue a diferir de la sociedad secreta a la que ha acudido, y entonces su situación es ya desesperada.

Las sociedades secretas aparecen descritas en el libro colectivo —autores ingleses— que encabeza Norman McKenzie y publica ahora Alianza Editorial con el título de «Sociedades secretas». Brota en él toda la infinita gama de las asociaciones clandestinas, desde las terroristas y de acción política, hasta las más ingenuas, como los Alcohólicos Anónimos, incluso las ridículas que en Estados Unidos o en Inglaterra tratan solamente de fingir una cierta aristocracia para sus afiliados «snobs».

Desde las que se alimentan con sangre —los «thugs», el Mau-Mau, la mafia...—, hasta las que toman té con pastas un día a la semana. El tema, naturalmente, es demasiado amplio para abarcarlo en un pequeño volumen de 300 páginas y, como suele suceder en los libros de varios autores de capítulos, desordenado. Se inclina principalmente hacia el aspecto histórico de las sociedades secretas y al examen detenido de algunas de ellas, cuando desearíamos ver un panorama real de las sociedades secretas en el mundo de hoy. Las raíces del secreto son probablemente las mismas antes que ahora, entre los primitivos como entre los civilizados, y se puede hacer una trasposición muy general. Pero la estructura del mundo actual es peculiar, y sus sociedades secretas también lo son. Falta, por ejemplo, una dimensión importante, que es la de las sociedades secretas que tienden a favorecer los designios de los organizadores de la sociedad pública y a veces cobran con independencia de los supuestos creadores o vigilantes, como puede verse a veces en ciertos girones que rasgan el velo. Por ejemplo, las organizaciones políticas y policíacas paralelas que se descubrieron en el proceso por la desaparición de Ben Barka (un libro que acaba de aparecer en Dopesa, Barcelona, por Guido Gerosa, titulado «¿Quién mató a Ben Barka?» hace reaparecer todo ese submundo...), o como la CIA, denominada «poder invisible» por los autores americanos de un libro que tuvo gran difusión. Aun la censura, como conocedora de los secretos que no se pueden divulgar, podría entrar en estas clasificaciones. No aparecen tampoco otras sociedades secretas paralelas, que más allá del margen de la ley procuran reforzar la integración o la inmovilización de la sociedad por vías no

constitucionales, como podría ser la Escuadra Negra del Brasil o la Mano Negra, que aparece en varios países hispanoamericanos reprimiendo una oposición, por el terror y la muerte, más allá de lo que los poderes públicos pueden permitirse, pero gozando en muchos casos de la impunidad o al menos de la tolerancia de los Gobiernos en que se produce. El Ku-Klux-Klan fue una de esas sociedades paralelas, semipúblicas, semi-secretas, y si está ampliamente estudiado en este libro; pero en este caso, la limitación es de carácter histórico, porque el Klan, hoy, no es más que un vestigio, unos restos dispersos y nostálgicos de una antigua brutalidad propia que hoy se ejerce por otras vías.

La conclusión general del libro, presente en la presentación y en el epílogo escritos por Norman McKenzie, es la de que el secreto es el guardián de una «necesidad humana básica de intimidad». Es una conclusión realista dadas las permanencias históricas de las sociedades secretas, y positiva y humana frente a una sociedad invasora que dispone cada vez de más medios de penetrar en la parcela propia del individuo y que se opone a toda tentativa de identificación absoluta. Sin embargo, parecería más positiva, aunque sea menos real, la existencia de condiciones de vida tales que hagan innecesaria la violencia con que las sociedades secretas más calientes quieren modificar el contexto social, admisibles las condiciones de intimidad, instintos vitales, necesidades de cada individuo, de las minorías de toda índole. Esta es la utopía de las llamadas sociedades permisivas dentro del cuadro general del idealismo democrático, que se opone a las sociedades fuertemente integradoras o totalitarias que consideran la unanimidad como un valor absoluto. ■ PABLO BERBEN.

Updike: el regreso de Harry

El conejo, un animal tímido. A Harry le llamaban así «por su nariz corta y su labio superior levemente alzado». Sin duda, también por su timidez. Harry era el personaje de la novela más celebrada de John Updike, «Rabbit Run», y ahora vuelve a serlo en «El regreso de Conejo», que acaba de ser traducida al castellano dos años después de haber sido publicada en Norteamérica (1). Una buena parte de la obra narrativa de Updike ha sido editada en España («El Centauro», «El libro de Bech», «Plumas de Paloma» y las dos citadas), y esto nos permite pensar que existe un cierto número de lectores españoles con una «idea» de este escritor de Pennsylvania (nacido en 1932), y ex alumno de Harvard, precozmente instalado en la nómina de los grandes narradores norteamericanos. De él ha dicho Norman Mailer que «podría convertirse en el mejor de los escritores literarios norteamericanos si pudiera olvidar un poco el estilo y profundizar en el problema de la sexualidad» (2). Auténtico elogio si consideramos la franqueza despiadada con la que suele manifestarse Mailer cuando enjuicia a otros escritores.

Para un lector discretamente ejercitado, John Updike puede resultar un autor demasiado «evidente». No ahorra pistas para la comprensión de los personajes, incluidas las políticas. Sin embargo, gracias a su método selectivo, que le aleja de cualquier tipo de naturalismo, sus novelas adquieren una complejidad tal que se resisten a una interpretación fácil. El mundo novelado de Updike ofrece siempre zonas no visibles, en cierto modo tocadas por el misterio.

(1) «El regreso de Conejo», John Updike. Noguer.

(2) «Retrato político de los USA», Pierre Domergues. Edima.

Creo que a esto se refiere Pérez Minik cuando, al verse obligado a dar un juicio sumario sobre Updike, escribe: «Su obra es un bello intento de desmitificación lírica del hombre actual de su nación». Si convenimos en que desmitificar es algo común a todo buen novelista, lo que hace de la obra de Updike algo singular es precisamente el carácter «lírico» y «bello», señalado por el crítico canario (3).

En «Corre, Conejo», el personaje huía en busca de una realidad más pura, a la búsqueda de su propia identidad, un sueño. En «El regreso de Conejo», Harry parece dispuesto a aceptar todo con resignación. Esta aceptación supondrá una purificación, una catarsis del personaje. Como en otras ocasiones, Updike ha extraído a su personaje de la galería inmensa de seres ordinarios; eso sí, ciudadano norteamericano de primera, es decir, ni judío, ni negro, ni inmigrante europeo... Harry está disponible para participar del sueño de la gran sociedad americana. Por eso odia a los negros y a los inmigrantes, y estima que la guerra en Vietnam es una obra civilizadora y altruista que no se merecen los asiáticos. Sin embargo, Harry no será favorecido por las bondades del sistema. Acosado por todos los costados —la mujer, el desempleo, la convivencia con marginados— este pobre conejo irá quedando reducido a lo largo de las cuatrocientas páginas del libro, a ese ser menesteroso que es, en su verdadera identidad, el ciudadano norteamericano. La enorme distancia que media entre sueño y realidad y la consiguiente sensación de vacío a medida que el personaje cobra conciencia de su condición real, son los logros indiscutibles de este narrador hábil que es Up-

(3) «La novela extranjera en España», Domingo Pérez Minik. Taller de Ediciones.